

popular alemán, aludiendo a las limosnas depositadas en las arcas de los cuestores:

“No bien el fondo de la caja suena, volando sale el alma de su pena”.

Cierto que las bulas de indulgencias no daban pie para semejantes afirmaciones atrevidas y malsonantes, condenadas además por los más grandes teólogos, y por lo mismo, no podemos hacer responsable de ellas a la Iglesia; pero no se puede negar que se vieron a veces esos abusos, muy a propósito para poner de manifiesto, y de un modo verdaderamente ofensivo y repugnante, el giro interesado y lucrativo que se daba al asunto de las indulgencias.

### Juan Tetzel y Martín Lutero.

En algunos de esos extremos cayó, por desgracia, el dominico **Juan Tetzel**, nombrado subcomisario general del Arzobispo de Maguncia, para promulgar en su diócesis el jubileo de que ya arriba hicimos mención. No dejaron de llegar a oídos de Martín Lutero, fraile agustino y profesor en la cercana Universidad de Wittenberg, esos lamentables errores, y de ello tomó pretexto para atacar desde luego, y con terrible acrimonia, no ya solamente los abusos, sino también la doctrina cierta de las indulgencias.

Era un pretexto, y nada más: su plan, bien premeditado, lo llevaba mucho más lejos; quería echar por el suelo toda la doctrina católica de la justificación por la gracia; negar la necesidad de las buenas obras, rechazar la libertad, hasta llegar al ideal que sus indómitas pasiones perseguían, la suficiencia de la fe para la salvación, según aquello: “**Crede firmiter et pecca fortiter**”.

Siendo este el blanco de la lucha, no se puede negar que el plan de campaña fué trazado, tal vez inconscientemente, con mucha habilidad. La doctrina de las indulgencias, intachable en sí misma y en sus fundamentos dogmáticos, era en cambio, para los ignorantes y mal intencionados, un punto muy vulnerable del catolicismo, a causa de los desórdenes manifiestos que se cometían. La cuestión era candente, sobre todo en Alemania; los abusos palpables; las quejas numerosas y repetidas en vano desde hacía tiempo; la necesidad de una reforma saltaba a los ojos de todos. Esto permitió al astuto heresiarca ocultarse al principio, y engañar